

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

ALGO DE FEMINISMO

Entre los elementos avanzados del último Congreso feminista celebrado en París existía, al decir de doña Emilia Pardo Bazán, una corriente adversa a conceder a la mujer derechos políticos, fundándose en que la mujer es un elemento conservador y su votación sería favorable a los reaccionarios. ¡Esto en el seno de la *Ville Lumière*! ¡Qué diríamos aquí, divinos cielos, aquí, donde con toda seguridad un plebiscito femenino nos traería a don Carlos y la Inquisición!

El peligro, a la vez, no es inminente. La participación directa de la mujer en las funciones públicas no ha llegado a ser en España un problema. Ella misma no la desea ni la pretende. ¡¡¡Sonrisas aquí los derechos políticos para que sean por nadie apetecidos! Los hombres que legalmente los poseen no los usan. No hay riesgo de que una novísima Asamblea de mujeres repita los donosos despropósitos que a la de su invención atribuye Aristófanes.

La idea de las mujeres políticas hace reír mucho entre nosotros. Es un tema fecundo de fáciles donaires. ¡Cualquiera se imagina en serio a una hermosa concejala, diputada provincial o diputada a Cortes, senadora, subsecretaria, ministra! ¡Cualquiera conserva su gravedad ante la imagen de la patrona de húspedes o la señora del tercero votando, disociando, presidiendo, administrando los intereses del Estado o los del común! Y véase lo que es el hábito; los que de tal suerte ponen en solfa a las mujeres políticas, olvidan que por mujeres ha sido desempeñado, en la mayor parte de nuestra vida constitucional, la más alta magistratura del Estado. La mujer no puede ser concejala; reínan sí. La ley no le confía la custodia de los intereses de una aldea, pero sí los de la nación entera. Entre las paradojas del régimen figura la de que esté capacitada para lo más, quién no lo está para lo menos.

Y de otra cosa no se percatan tampoco aquellos amantes burlescos, a saber: de que en ninguna parte del mundo hace la mujer tanta política como en España. Ella no vota ni es votada, no elige ni es elegida, no desempeña funciones públicas ni lo quiere. ¡Para qué? Tiene la realidad del poder, la esencia de la soberanía. Si le habláis de política bostea, se encoge de hombros, dice que ella de eso no entiende ni gana. Pero en el círculo de sus relaciones íntimas influye, apremia, pone su omnipotencia al servicio de una determinada causa. ¡Cuántas varoniles flaqueas, cuántas inconsecuencias, cuántas apostasías tienen su explicación única en esa influencia mujeril! Digándonos a Shakespeare: «creación, tu nombre es mujer».

La mujer española pertenece aún más a los siglos pasados. Su espíritu es esencialmente retrógrado, atávico. El culto de la rutina tiene en ella su sacra santa desgracia, acaso la más antes nos afiigen, a todos nos afiigen. Aquí donde la educación del hombre se halla tan descuidada, la de la mujer es casi nula. Han contribuido a ello prejuicios varoniles; menosprecio hacia la capacidad de la mujer, falsas ideas acerca de su misión y de su destino en la vida, empujando en perpetuar su servidumbre, teniéndola a molestas competencias... ¡qué más! Hay hombres hay de ideas avanzadas que están en el alma de la mujer los prejuicios políticos y religiosos, como si existieran en el mundo dos verdades, una para cada sexo.

El resultado a la vista está. La mujer del pueblo, que se lo por raro caso sabe leer, es una esclava de donde quiera. En las provincias del Norte suele ser bestia de carga sujeta a las más duras faenas. En el Mediodía y en Oriente, donde aún conservan las costumbres vestigios de la influencia musulmana, la mujer es objeto de pasión y de sensualidad. Allí el hogar sigue siendo un serrallo, sin que con una sola hembra. Las muchachas de las clases directoras suelen educarse en los conventos. Allí otras mujeres, que sólo son madres de nombre, se encargan de preparar a las jóvenes para cumplir los austeros deberes de la maternidad. Se les enseñan idiomas que luego no hablan, labores que luego no hacen, un poco de música que olvidan en cuanto se casan. Y eso es todo. Nada que ocupe la mente, nada que llene la fantasía, nada que discipline el pensamiento, que forme el carácter, que inspire la noción de la seriedad de la vida. De donde nace la incontrolable frivolidad del espíritu femenino ocupado exclusivamente en trápas, pequeñeces y chismes.

¡Qué queríamos que fuesen las mujeres! ¡Bachilleras! ¡Mariabidillas! ¡Medias azules! ¡Preciosas ridículas! No, sino madres y esposas. ¡No es esa su misión en el mundo! Pues no es espúrea la que no puede acompañar en espíritu a su marido ni comprenderle, a poco que el marido valga. Pues no es madre, racional y humanamente ha-

blando, la que no puede informar el alma de su hijo en el bien y la verdad, ni aún criarle conforme a las reglas de una higiene que desconoce. Así se malogra, por falta de cultivo esa primera materia femenina excelente que la naturaleza nos depara. ¡Qué mujer sin rival sería la mujer española bien dirigida y educada!

En este yermo de la conciencia femenina los hombres negros hacen su agosto. El pietismo es la única idealidad que le resta a la mujer privada de toda cultura. Esa devoción, fanática en unas pocas almas vehementes, en muchas supersticiosa, rutinaria y superficial en las más, basta para hacer de la mujer el instrumento de sus naturales enemigos. Los que menosprecian a la mujer, le rehúsan el sacerdocio y la consideran fuente de todo pecado e impureza, se hacen dueños de ella y mediante ella ponen cerco a la conciencia del hombre. Entonces el amor es medio de seducción, los sentimientos más puros se ponen al servicio de los más negros designios, y no hay entereza que resista a la sonrisa de la esposa o las lágrimas de la madre. Trabajando así inconscientemente contra el progreso y la verdad, la mujer trabaja contra sí misma, pues nunca bajo la dirección de tales hombres, interesados en mantener su esclavitud, logrará emanciparse y redimirse.

ALFREDO CALDERÓN

LA UNIÓN NACIONAL REPUBLICANA

Los individuos que componen el directorio del partido Unión Nacional Republicana, señores Muro, Azcárate, Romero Gil Sanz y Ruiz Beneyán, han dirigido al país el manifiesto que no dieron en tiempo oportuno por estar suspendidas las garantías constitucionales, y en el cual participan la unión pactada con todos los republicanos, excepto los federales.

Consignan después el programa del nuevo partido, comenzando por afirmar la unidad de la patria y la soberanía del Estado nacional.

Ocupase de las entidades locales, y respecto a ellas dice el documento que no son distritos puestos al servicio de la administración, sino organismos sociales con los derechos propios de las personas jurídicas de su índole.

Trata de la Unión Nacional, celebrando que los agricultores, industriales y comerciantes hayan entrado en la vida política activa.

En lo que a la religión se refiere, manifiéstase extraño a toda confesión religiosa, pudiendo los demócratas abrigar las creencias que quieran, siempre que profesen con inquebrantable convicción los principios liberales.

Propónese mantener la supremacía del poder civil en el orden jurídico y político.

Las reformas en el orden político comienzan por sostener el respeto a los derechos individuales, limitando el número de diputados y la supresión de las garantías constitucionales, para que su supresión no pueda ser utilizada como arma de gobierno en determinados casos.

Como medios adecuados para garantizar el régimen electoral, propone la debida separación entre lo político y lo administrativo, independencia del poder judicial y atribución al Supremo de la jurisdicción contencioso administrativa.

Propone después reformas en el ejército, la marina, el Código civil, particularmente en lo que al trabajo se refiere, del derecho de asociación, del ahorro y del seguro.

Amplias reformas en el Código penal, calificación de faltas pequeñas las trasgresiones contra la propiedad y las personas.

Modificación de la ley del jurado y de la policía judicial.

Abolición del privilegio del Banco Hipotecario, y reforma de la ley hipotecaria, única instancia en lo civil, y justicia municipal independiente; y, por último, reformas en la agricultura, la industria, el comercio y obras públicas.

Termina definiendo las atribuciones del directorio, y consignando que durante el periodo de interinidad de la República regirá la Constitución del año 1869.

El tío de los fracasos

¡Que quién es ese caballero! Un servidor de los lectores de El Motín, con quienes no va nada de lo que diga en este artículo ni en el que sigue, como tampoco va contra los republicanos que obran seria y dignamente en todo.

Sí, yo soy ese caballero. Me he pasado esta vida pecadora lanzando ideas que no han sido aceptadas; y cuando alguna ha parecido salvarse, de tal manera la han interpretado los señores a cuya sabiduría se encomendó su ejecución, que más valiera no haberlo visto.

Enumeraré algunos de mis públicos fracasos. Defendí la coalición, y al verla agoniante, me agarré a la unión; y al convenirme de que ésta sucumbía, propagué la fusión; tres palabras distintas y un solo fracaso verdadero.

He excitado a los jefes a unirse, y no diré que hayan andado a bofetadas precisamente; pero sí que Figueras murió sin haber vuelto a saludar a Pi; Salmerón no quiso siquiera asistir al entierro de Zorrilla; Castelar finiquitó renegando de Pi y de Salmerón; y estos dos señores ni pueden verse hoy ni quieren entenderse. Me parece que por aquí también he fracasado.

Vengo combatiendo los banquetes del 11 de Febrero desde hace tres lustros; pero yo a combatir y mis correligionarios a comer; el derrotado he sido yo, pues los banquetes continúan, y eso que a los postres de cada uno se afirma solemnemente que

aquel será el último; en la oposición, se entiende. No creo, pues, que deba apuntarme tampoco un triunfo por este lado.

He censurado duramente a los demócratas que se acogen a sagrado, y veo a los republicanos más religiosos cada día, más beatos, horrorizándose en público al solo nombre de EL MOTÍN. Tampoco me apunto un tanto en esta partida.

He procurado, en vista de que los encargados de dirigirnos permanecían tan tranquilos y contentos en Capua, sembrar en las huestes republicanas la semilla de la disciplina; y nunca lo hubiera hecho, pues se han vuelto contra mí los mismos en cuyo favor lo hacía, combatiendo al periplo con más ardor que los mismos curas. Tampoco me parece que este ha sido un triunfo para mí.

Sabiendo que en cuanto se necesitaban cien pesetas para cualquier asunto, andaba todo Cristo de cabeza, en 17 de Julio de 1892 propuse que contribuyéramos los republicanos con una cantidad semanal para un fondo común. De haberse llevado a la práctica la idea, hoy tendríamos treinta millones de pesetas próximamente. Rebajense las tres cuartas partes, y siempre nos quedarían treinta millones de reales. ¡Y con esa cantidad!... Me apuntaré un nuevo fracaso.

Y ahora van cuatro de esos en uno, por haber sido cuatro las veces que he propuesto reünirnos en cualquier punto céntrico de España, cada cual en representación de su propia persona, sin exclusión de matices ni procedencias, para conocernos, cambiar impresiones, charlar, discutir, disputar, insultarnos, hasta pegarnos. La idea, a falta de otras mejores, no era mala; por lo menos servía para demostrar que no estábamos tan difuntos como el país supone. Y así poniéndolos en lo peor, salir a garrotazos, esto hubiera servido para desmentir a los que nos creen ya incapaces hasta para darnos. Pero no ha habido caso, porque tampoco la proposición fué acogida. Nuevo fracaso.

Más tarde apunté la idea de una reunión de periodistas para imponernos a los que vienen monopolizándolo todo dentro del partido; algunos compañeros se adhirieron, mas fueron tan pocos, que no me atreví a fijar fecha para la reunión. Fracaso nuevo.

El último, el de los sellos, está tan reciente, que no es preciso hablar de él.

Y dejo para ocasión oportuna, acaso cercana, el relato de los tres más gordos...

A cualquiera otro se le habrían quitado por completo las ganas de meterso en más libros de caballería; a mí, por el contrario, me han hecho los fracasos entrar en deseos de tomar un desquite ruidoso, grande, colosal...

Sí, yo necesito un triunfo que admire al país, confunda a los envidiosos, anade a los que me supongan un *Don Perpetuo Equivocado*; triunfo que me compense de mis fracasos, que los secrete, que los apisione...

Y creo que alcanzaré ese triunfo con estas...

DOS IDEAS

La primera que a mi cerebro acudió, fué la de proponer la celebración de un gran banquete en día determinado, que eclipsase, si no por su magnificencia, por el número de comensales, al que acaban de dar en París a los alcaldes de Francia. ¿Con qué pretexto? Con cualquiera; este sería un detalle insignificante. Si no se nos ocurriese otro, el de la venida del Espíritu Santo a la Tierra hace por ahora veinte siglos...

Acogí alborozado la idea. ¿Cuál mejor para que convergiesen hacia mí las voluntades de todos mis queridos correligionarios? ¡Banquete! ¡Hay verbo más grato a oídos republicanos!

Saludarse ante unas rajas de salchichón; cambiar impresiones ante una sopa humeante; sentir ardores bélicos al cortar el ensangrentado bistek; derrochar toneladas de valor al trincar un hijo de gallina; y al empujar la copa del Champagne, si lo hubiere, ó en su defecto la del terrible peleón, anunciar, como de costumbre, la inevitable y segura caída de la monarquía, en plazo breve, brevísimo, la semana próxima tal vez, ¿qué puede haber más grande para un republicano al uso?

Todo esto me dije, y ya iba a proponer lo del banquete, cuando subitivamente en mi supradicho cerebro otra idea que no le iba en zaga a la primera, dadas las aficiones que distinguen hoy a los que comulgamos en democracia y República; y fué, la de abrir una suscripción para vaciar una plaza del Sagrado Corazón de Jesús, más artística que la de los jesuitas, introduciendo en ella una importantísima innovación en consonancia con lo que pensamos y sentimos, y que diese a la vez idea perfecta de nuestras inquebrantables aspiraciones; innovación que consistiría sencillamente en colocar un gorro frigio sobre la sagrada viscera, ¿qué tal la idea? Me parece que para

reunir dinero, no podía haberseme ocurrido ninguna mejor.

Con seguridad que la placa obtendrá entre los republicanos una venta fabulosa; la mayoría, por el bien parecer, dirá que la adquiere por lo del gorro; pero nos haremos los distraídos y aparentaremos creerlo. ¿A qué profundizar intenciones? El caso es que se venda; y que se venderá es indudable, sobre todo anunciando, como aquí lo hago, que no se destinará su importe a comprar fusiles y municiones, como los levantiscos quisieran, sino a edificar un convento bajo la advocación de San Cornelio, patrón en lo político de los pacientes republicanos españoles.

Había pensado lanzar en este número la idea del banquete, y en el próximo la de la placa; mas para qué este intervalo? Andamos haciendo tiempo tan ayunos de alegrías, que no nos vendrá mal recibir dos de una vez. Esto aparte de que la una completa a la otra.

De qué se compone el hombre, aun siendo republicano? De cuerpo y de alma. Pues el banquete fortalece al primero, y la placa conforta a la segunda. Y una vez ella confortada y el fortalecido ¿quién resistirá nuestro empuje al echarnos a la calle para traer la República, llevando colocada la placa sobre el corazón y el tenedor empuñado valerosamente en la diestra?

Y como la predicación vale poco sin el ejemplo, a lo práctico, pues.

Cuota mía para el banquete 7'50

Suscripción para la placa. 25

Y así se piensa, así se escribe, y así se obra. ¡Y viva la República!

José NAKENS

BODAS DE PLATA

«El arzobispo de Valencia celebrará sus bodas de plata.»

Tiemblan las naves del templo con el fragor del órgano; suben lentamente hasta los ventanales de colores nubarrones de incienso, deshaciéndose en caprichosas formas; cantan los canónicos solemnes coros que repercuten con subterráneos ecos; chillan monacillos é infantes de coro inocentes canturias con gatuña voz. La iglesia, vestida de rojos tapices, parece un salón de fiestas... Luces mil parpadean y gulfan en candelabros, arañas, altares, pilastras y retablos.

Deslumbra el oro, brilla la plata, fulgura el bronce. Piedras preciosas, magníficas joyas, soberanos cuadros, ricas alfombras adornan el templo.

Y allá, en lo alto del altar, la imagen del Crucificado, desnudo, cadavérico, sin paños con que cubrirse, sin coronas de oro en sus sienes, contempla irritado desde el patíbulo de la cruz, tanta y tan magnífica riqueza. Al son de triunfal marcha pónese en movimiento la comitiva pomposa.

Doble hilera de cirios y hachones forma luminoso cordón, que la envuelve como cinturón de oro; brilla el terciopelo de las casullas; amarillea el oro pálido de mitras y capas; las áureas varas del palio relampaguean al choque de celestiales resplandores... Los achacosos obispos recorren el templo, apoyándose en los báculos, que marcan sus vacilantes pasos en las losas con sepulcrales ecos.

Se celebran las bodas de plata del arzobispo; conságrase regamente la coronación de un discípulo del Cristo desnudo, del Cristo revolucionario que vino al mundo para despreciar las riquezas.

Los obispos no alzan su vista a la cruz... Sufían con las riquezas del palacio episcopal, con la rica mesa, con el sabroso manjar, con el cocherón de muelles asientos, con el brasero de la episcopal antecala, donde se politiquea y se intriga al compás de la badila.

Fuera del templo los pobres tiritan de frío... Y Jesús en lo alto de la cruz tirita también.

Son las bodas sin amor, las bodas de la plata y del oro, del egoísmo y de la farsa vestida de pedrería... El novio se acerca al altar vacilante y achacosos. ¡Y el Cristo, joven, revolucionario, eterno por sus principios sublimes de reivindicación universal le mira tristemente!... No piensa Cristo en desposarse con tanta riqueza inútil y achacosos. Su mirada parece un divorcio...

BODAS DE ORO

Por esos campos corren dos enamorados cogiéndose de la mano. Adórnanse de flores, sueñan con devorar su pobre almuerzo a la sombra de un árbol, bañándose los pies en el transparente arroyo.

Desde niños se adoran; pero han de separarse. El novio marchará a la guerra... Un soldado muerto... Puede el baile continuar. Con el incienso quemado en las bodas de oro, tendrían para ser felices.

Casarse es caro; el amor oficial es un capítulo de la contribución... ¡Cuánto se aman! ¡Cuántas promesas para el porvenir! El sol les envuelve como chaparrón de oro... Sus labios se juntan... El océano de doradas espigas cubre la campiña hasta lo

que alcanza la vista... El cielo azul forma magnífica bóveda.

¡Qué templo tan hermoso el de la naturaleza, eternamente joven! ¡Qué bodas de oro las de los pobres, las del verdadero amor, las del amor sin límites, sin ceremonias, sin coros, sin incienso, sin tapices, sin frías genuflexiones de achacosos ídolos!

BODAS DE PLOMO

Sus padres no transigen. Ellos se adoran. El no tiene con qué vivir, pero es trabajador. Ella cubre sus carnes con un remendado vestido. Un día se juntan... Háblase al oído, palidecen... Con una sola de las joyas que adornan al arzobispo podrían vivir y salvarse. ¡Pero no! Han de morir. Juran morir amándose... Suenan dos disparos...

¡Oh qué bodas las bodas del plomo, de las balas, de la desesperación, del horror, de la miseria!...

RODRIGO SORIANO

La libertad de imprenta

«La libertad de la prensa ha recibido un golpe de muerte, para el cual es tardío otro remedio que no sea la derogación completa del derecho que hoy nos rige.»

No son estas utopías de juristas ni apasionamientos de liberales exaltados.

Es la realidad comprobada por la práctica, que acusa de grave negligencia a todos aquellos que, alardeando de luchar en el Parlamento por las libertades patrias, son tan malos guardadores de su preciosa conquista.

Las Cortes de Cádiz definieron sabiamente la libertad de imprenta, diciendo que era «freno justo a la arbitrariedad de los que nos gobiernan», y desde aquella fecha gloriosa, este derecho indiscutible fué sancionado en todos los códigos.

Encarnó después en nuestra política moderna de tal modo, que cesaron las discusiones en el orden científico, y se aceptó el principio como institución esencial de todo régimen representativo.

Después, labor democrática de nuestros últimos tiempos trajo a España el Jurado, y en la ley del 88 se estableció la más firme y segura garantía de la prensa libre, pues esta ley, en su artículo segundo, declaraba de la competencia del tribunal de hecho el conocimiento de todas las causas seguidas por injuria y calumnia a las autoridades en el ejercicio de sus cargos. Y como es este delito el que mayor elasticidad ofrece dentro de nuestro Código penal, aunque los fiscales, agotando recursos de derecho, tratan de fundar sus denuncias en esa clase de infracciones, quedaba siempre al periplo la esperanza de que la opinión libre, reflejada en el Jurado, absolviese la conducta del periodista que, siendo razonable y lógico en sus escritos, exponía al público con lealtad sus ideas.

Si alguna vez el artículo, trasapando los límites de lo justo, era calumnioso para las autoridades, el Jurado lo condenaba en sus fallos con la misma severidad que el tribunal de derecho.

Procesos muy recientes seguidos contra la prensa, son prueba inequívoca de la rectitud é imparcialidad de todos los veredictos.

Pero fué necesario al Gobierno del señor Silveira restar habilidosamente medios de defensa a la verdad, y como era atrevida pretensión la de que la España liberal volviese, en lo que a la prensa se refiere, al sistema preventivo del depósito ó del impuesto, buscó una fórmula que no levantara protestas en la opinión, y publicó el real decreto de 2 de Enero del año actual.

«Todos los delitos calificados por el representante de la ley como constitutivos de injuria y calumnia, serán de la competencia de los tribunales de derecho, sin hacer distinción entre la autoridad ó el particular injuriado ni establecer diferencias respecto al medio de cometer el delito.»

Esta es, en síntesis, la reforma ó, mejor aún, la nueva doctrina que está llevándose a la práctica. Con ella han concluido ya las defensas legítimas que la libertad de la prensa tenía en el régimen intermedio que hoy prevalece, y no cabe interpretación al texto legal que favorezca al periodista.

Necesariamente, las infracciones que éste cometa escribiendo serán injurias y calumnias a la autoridad, sobre todo cuando el fiscal, siguiendo la corriente de un gobierno autoritario, busque la culpa en la más ligera falta a la templanza ordinaria.

De esta suerte, sus delitos se juzgarán con arreglo a los rigores de nuestro Código penal, y el art. 471 de antigua doctrina será ley inflexible, y el magistrado de derecho castigará la simple retención ó la intencionada alusión con la misma dureza que el libelo infamante ó la agresión calumniosa.

¡Y pensar que esta ley, inspirada en un espíritu de tan manifiesta reacción, pudo ser sancionada sin protesta de las oposiciones democráticas! Sépanlo, por tanto, periodistas y periódicos. Mientras no se derogue ese precepto, que es una verdadera conculcación de nuestros derechos, estaremos a merced de los malos gobernantes, que tendrán siempre en la ley adjetiva fácil explicación a su conducta.

Y si después de tan retrógrados ideales como complemento, la jurisprudencia reciente anula el precepto legal que hace responsable del delito de imprenta al autor del artículo, condenando al director, en primer término, caso ocurrido estos días con motivo del proceso de don Eusebio Ductor; si las leyes especiales pueden, según este criterio, anularse con disposiciones insertadas en la Gaceta, casi a espaldas del país, entonces preferible es la previa censura, con todo su despotismo y sus perniciosos efectos, al más absoluto y más liberal sistema represivo.

Copio entero ese artículo de El Liberal, no sólo porque toca la cuestión muy bien, sino por este párrafo principalmente:

«Y pensar que esta ley, inspirada en un espíritu de tan manifiesta reacción, pudo ser sancionada sin protesta de las oposiciones democráticas!»

Tiene razón El Liberal; las oposiciones democráticas, la republicana especialmente, parecen haber ido a las Cortes a ampa-

rar la reacción. Por creerlo así, los he combatido y los combato.

Pero ¡creo el colega que a la prensa democrática no le alcanza igual ó mayor responsabilidad, unas veces por su silencio ante los atropellos que directamente no le tocan, otras por el temor á perder suscripciones, algunas por el afán de alquilar sus columnas á los clericales, para que desde ellas hagan propaganda de sus negocios ó de sus creencias!

Piense en ello desapasionadamente, y habrá de convenir en que él, más que otros, ayuda al predominio de la reacción. Y digo más que otros, no porque los aventaje en este punto, sino porque, dado lo que representa, estaba más obligado que ningún periódico á combatir á los enemigos de la democracia.

Si es cierto que un vicio es siempre vicio, uno puede convenirse jamás en que dos vicios juntos compongan una virtud; y, sin embargo, ¿cuántas veces se admite en los salones de la buena sociedad al libertinaje unido con la hipocresía! Acaso en química sea cierto que dos venenos combinados compengan una bebida saludable, y acaso la sociedad ejercite una química moral.

Martínez Campos

Ha muerto en un balneario á los 69 años de edad el general Martínez Campos.

Una enfermedad, no sé cuál, ha conseguido lo que no lograron las balas de los carlistas, republicanos, mambises y marroques, ni las bombas del anarquista Pallás.

Su muerte, triste como la de todo ser humano, no es sensible más que para sus deudos y amigos. Para algunos caciques como Viesca, conde de Castelar, la muerte del general es una influencia que se acaba.

Para el país no significa esa muerte más que varias economías: cruces pensionadas y una plaza de capitán general, pues es de suponer que se cumpla la ley amortizadora, y aún quedarán cuatro capitanes generales y medio: el conde de Chateau, Blanco, López Domínguez y Primo de Rivera, cuatro; y el exrey don Francisco de Asís, cuenta justa.

Silvela ve desaparecer un amigo molesto y el duque de Tetán un amigo muy útil.

Martínez Campos, el general de las coronadas, ha muerto de una enfermedad al corazón, por lo más pecado había. Era un hombre de corazón, en todas las acepciones buenas y malas que se dan á esa frase.

La biografía de Martínez Campos es muy conocida.

Nació en Segovia, estudió la carrera de Estado Mayor, fué profesor en la academia y fué ascendiendo paulatinamente hasta llegar de un golpe, tras el de Sagunto, á capitán general.

Estuvo en Méjico, luchó diversas veces en Cuba y en el Norte, logró de Salmerón el grado de mariscal de campo, bombardeó Valencia, sitió Cartagena, se sublevó por Alfonso XII en Sagunto, pacificó el Norte y Cuba, fué presidente del Consejo muy poco tiempo con Silvela de ministro de la Gobernación, y ha sido ministro de la Guerra, capitán general de Madrid y Cataluña, embajador en Marruecos, general en jefe en Cuba y presidente del Senado.

La biografía nada tiene de particular. Su semblanza si sería muy interesante, pues Martínez Campos, sin ser un carácter, era un tipo muy curioso.

Fué el que nos trajo las gallinas de la restauración.

La patria le debe eterna ofensa; la dinastía perdurable agradecimiento.

Era más que un patriota, un dinástico; mejor aún, un vasallo fiel, á la antigua usanza, dispuesto á dar su vida por el rey.

Quería á don Alfonso XII entrañablemente, y así quiso á la familia de aquél, á quien dió un trono cometiéndole una botarata.

El general, muy versátil é impresionable en política, era firme, inmutable en su afecto á la familia real.

Su influencia fué grandísima, si bien Cánovas la tuvo á raya no pocas veces.

No la empleó en favor de la nación, y si es cierto que no abusó de ella en beneficio propio, si es verdad que le valió para servir á sus deudos y amigos, contribuyendo como el que más á desahogar el caciquismo y el favor, las dos mayores plagas de España.

Como general es muy discutible Martínez Campos; como soldado, no.

Era lo que se llama familiarmente un soldadito, rudo, campechano, franco, amable, algo caprichoso y testarudo.

Hay quien explica sus volubildades, ligerezas y contradicciones, sus cosas, atribuyéndole el mismo vicio que tuvo el gran democrata Rivero. No sé si es cierto; amigos íntimos del general me han dicho que no, otros que sí.

Tenía gustos sencillos. Popular se hizo su afición á las tagarrinas. Gustaba de andar á pie y servirse como un *quidam* del tranvía, gozándose en confundirse con la multitud.

Era valiente y lo demostró mil veces en campaña.

Sus gustos literarios eran parecidos á los que tenía como fumador. Gustaba de leer las tagarrinas literarias, y en sus veraneos en Santander se tiraba al cuerpo todo lo peor de las novelas folletinescas y por entregas.

Ya viejo, no titubeó en desprestigiarse acudiendo allí donde le llamaba su reina.

De la capitán general de Cataluña pasó á Melilla y evitó la estúpida conquista del Gurugú, que solicitaban los que después pedían la guerra con la guerra. Fué luego de embajador á Marruecos, y apenas sin descansar tuvo que encargarse de la capitán general de Madrid para apaciguar los subalternos que invadieron varias imprentas y derribaron el ministerio Sagasta. Cánovas le nombró capitán general de Cuba, y de allí volvió Martínez Campos dolorido, confesándose fracasado, recordando que no pudo impedir la correría andaluz de Maceo, y recibiendo silbidos en todas partes, sobre todo en Madrid, donde la policía asesinó á un infeliz la noche que llegó el general destituido.

Grande fué la impopularidad de Martínez Campos por su fracaso en Cuba.

Creo que la reacción por el crimen de Sagunto, no por su conducta en las Antillas.

Martínez Campos, después del Zanjón, señaló muchas veces los riesgos que se seguían de no cumplir todas las promesas hechas en aquel pacto. Y meses antes de embarcar por última vez para Cuba, dijo cuál había de ser allí su conducta.

Por culpa propia ó ajena, por sobrede confianza ó falta de ayuda, tal vez por la muerte de Martí, el caso es que Martínez Campos no pudo realizar su generosa aspiración de comprar otra paz. ¡Fué lástima!

Era esta la especialidad de Martínez Campos, con razón llamado *mercader de paces*. Gustaba de usar de la diplomacia y no ahorraaba dinero para pacificar.

Comprendía que las guerras civiles no pueden terminar de otro modo, y nunca—y esta es la nota más simpática de su carácter—fué inhumano en sus luchas con republicanos, carlistas y cubanos.

Su fama de humanitario tuvo su eclipse en Melilla, donde fusiló con sobre de crueldad y falta de justicia á aquel Farren que realizó bárbaramente lo que entonces era el sueño de una nación de bárbaros: cortar las orejas á los rifeños y traerlas como trofeos á la Península.

Todos los que hemos peticionado en mítins, veladas, banquetes y demás aburridos espectáculos, hemos dicho pestes contra el héroe de Sagunto ó del algarrobo.

Los principiantes, ya lo sabíamos, para conseguir *calentar* al público y ser ovacionados al final, no había sino usar de cualquiera de estos tres recursos: combatir al clero, insultar á Pavia y poner como chupa de dómine á Martínez Campos.

Yo lo hice muchas veces, hasta que me convencí de que más que odio nos inspiraba envidia, pues deseábamos otro Martínez Campos que bajo un árbol cualquiera proclamara la República.

Además, Martínez Campos era más simpático que Concha, Jovellar, Dabán y Primo de Rivera. Tuvo un arranque, más decisión que aquellos generales, y se salió con la suya.

No fué tan traidor como Pavia, pues se levantó contra un gobierno de traidores y derribó una sombra, una parodia de República.

Con todo, si es verdad que al morir se aclaró la razón y aína la conciencia, Martínez Campos ha debido sentir remordimiento por lo que llamaron heroicidad sus aduladores.

¿Qué ha conseguido España de aquel pronunciamiento de Sagunto? Por ahora no más que quedarse sin colonias, sin marina, sin dinero y sin vergüenza.

ROBERTO CASTROVIDO
(El Pueblo, de Valencia).

RECORTE

Lo hemos dicho repetidas veces: lo mejor organizado es en todas partes el robo. No es posible sustraerse á las sisas de los criados. Tampoco lograr que nos den sus artículos en el justo precio los mejores mercaderes; esos mercaderes que hoy se proponen moralizar y reorganizar el reino. No tendrán, no, el menor escrúpulo en vendernos por 100 lo que darán por 25 á la primera dama regatona. Gracias que no os falten en la calidad, la medida ó el peso. Se os sisará aun en los artículos indispensables para la vida: en el pan, el carbón, la carne.

Se da hoy grande importancia á los gremios industriales y mercantiles; hasta se los quiere hacer base de una nueva ley para elecciones. Mentira parece, sabiendo lo que son y á qué conducen esas agremiaciones, justamente disueltas por nuestros padres. Del egoísmo son hijas y al monopolio conducen. Ellevan hoy el precio del pan, mañana el de la carne, y no tenéis á donde ir en busca de mayor baratura.

El robo, el robo que el Código penal castiga, ese está hoy tan bien organizado como en tiempo de Cervantes. Tiene, como entonces, sus cuadrillas, sus capitanes, sus patronos, sus curiales. Se distribuye, como entonces, las calles y las plazas para hacerlas campo de sus fechorías. Ya se guardará el mejor de los afiliados de entrometerse en la jurisdicción del vecino.

Y ¿dónde nos dejáis á los que cultivamos esas que llamamos profesiones liberales y no reparan en pedir y cobrar miles de duros por trabajos que no valen ni miles de reales? El robo es general: sólo el infeliz obrero está condenado á sufrirlo y no ejercerlo.

F. PI y MARGALL

El día de las alabanzas

Hay un refrán español con equivalentes en otros idiomas y pueblos, que dice: «Dios te libre del día de las alabanzas»; porque, efectivamente, el vulgo acostumbra á prodigarlas en grado sumo en honor del muerto durante los días que siguen á su defunción.

Pero tratándose de personas muy visibles, sobre todo de políticos muy discutidos y que han influido grandemente en la marcha de los acontecimientos, la cosa puede variar.

Recuerdo á este propósito que cuando asesinaron al general Prim estaba yo en Madrid y vivía rodeado de alfonosinos ultraconservadores, por no decir ultramontanos, y al oír los comentarios del hecho al día siguiente, la frase estereotipada en todos los labios era: «¡qué lástima que no lo hayan matado allí!»; porque aún creían aquellas *piadosas* gentes que el general podría sobrevivir al atentado más de los días que pasó en la agonía, y cortar el triunfo de sus ideales, un tanto utópicos á la sazón, de restaurar la dinastía borbónica.

Hoy que me hallo rodeado de contribuyentes sin ideal político, pero naturalmente democráticos, aunque no fuera más que por el escamamiento que para ellos representa la política borbónica restaurada, no he oído otra exclamación al saberse la muerte de Martínez Campos que esta: «¡qué lástima que no se muriera hace treinta años!»; con alguna variante: «cuando nació, antes de nacer, hace cuarenta años, etc.», etc., pero todos los exponentes con la idea fija en que no hubiera podido dar el grito de Sagunto.

Y es que, aunque tarde, el pueblo español ha comprendido que todos los desastres que ha sufrido, no son más que consecuencia lógica y justo castigo al excesivo temor que manifestó á los desmanes, bien efímeros y leves de la libertad; estado anormal y pasajero atribuible á otras causas más que á la influencia del régimen novísimo, y que hubiera desaparecido una vez se consolidara la República, que no hubiera sumido á España, como la monarquía borbónica, en el pudridero, donde en vano se agita por desahirse de las garras del jesuitismo, del monaquismo y del militarismo, principales auxiliares de la aristocracia y de la plutocracia, y que comparten con ellas la explotación de este esquilmado pueblo, en que no se sabe qué odiar más, si el crimen que contra él se comete, ó su resignación para sufrir los vejámenes con que lentamente se le humilla y sacrifica.

FERNANDO FLORES DE LA IGLESIA
Atienza 25 Septiembre de 1900.

El hombre que se considere tan inocente como el mismo juez que va á interrogarle, basta que el uno sea juez y el otro acusado, para que el segundo se presente con visible turbación.

LOS SANTOS ASILOS

Un honrado ciudadano, casado con una joven que ha pasado varios años en un asilo, escribe á *El Porvenir Navarro* de Pamplona:

«La que hoy es mi esposa ha estado cinco años en el asilo de la Magdalena de esa ciudad, y al leer lo que usted dice en el semanario que dirige, he exclamado: TODO CUANTO DICE ES VERDAD. Comen muy mal y poco, y mi esposa—continúa el amigo que nos escribe—ha pasado noches enteras trabajando, bordando y cosiendo. Dice que tienen una docena de chicas para bordar, otras tantas para coser, lo menos dieciséis ó veinte para hacer toquillas, y que todas trabajan mucho y comen mal.

Tienen también máquinas para hacer medias, siendo mucho el trabajo que les envían.

Y ya ve usted, señor director, si les pagarán bien: en los cinco años que mi esposa permaneció allí, y que era de las principales trabajadoras tanto en bordar, como en coser y hacer medias, nada le dieron: y cuando se casó, ni siquiera cinco céntimos, ni ropa ni nada: tuve que pagar yo la ropa que le hicieron para el acto matrimonial y poder venir aquí.

Muchas veces quisiera salir á servir, y no la dejaron. Además de haber salido del asilo como el gallo de Morón, sin pluma y cacareando, tuve que llevar á un médico especialista para que le curara el estómago, que lo tenía echado á perder por las malas comidas y el excesivo trabajo.»

Todo lo que dice el comunicante lo sabemos desde hace mucho tiempo y lo hemos sacado á la vergüenza muchas veces; mas como nunca por mucho trigo es mal año, añadimos este nuevo dato á los anteriores, no con la esperanza de que se ponga remedio á la explotación de la desgracia, sino para que se confirme lo que veníamos sosteniendo, esto es, que la religión es la careta que se colocan sobre el rostro todos los explotadores y todos los bribones.

Descubrimiento que también es viejo.

CRECED Y MULTIPLICAOS

CUENTO

—Te digo que no puede ser.
—Pero, muchacha...
—Que no, así lo he pensado bien.
—Mira que después de seis meses que habíamos formalmente, sin ningún disgusto, veniste con eso ahora... ¡y sabiendo lo que yo te quiero!»
—Pues, nada; entre nosotros todo ha concluido; ya lo sabes.

Y la muchacha, arisca y malhumorada, cerró de golpe la ventana, dejando al pobre mozo plantado en la calle con la boca abierta.

La luna que había estado alumbrando el colopio, poco tiempo por cierto, de los novios, se ocultó detrás de una nube, dejando el pueblo en tinieblas.

Francisco, al pronto, no supo qué hacer. Por un lado su cariño hacia la muchacha le impulsaba á aporrear el postigo de la ventana para que saliera otra vez, y por otro un inconsciente pero innato sentimiento de dignidad varonil le detenía.

Su conciencia no le acusaba de haber dado ningún motivo para tan estemporánea repulsa.

«¿Qué mala hierba habrá pisado hoy María?» se preguntó, quedándose pensativo y parado como un poste en medio de la obscura calleja.

El ruido de una rondalla se dejó oír en las inmediaciones y sacó á Francisco de su abstracción.

«¡Bah! Tonterías de mujeres... Mañana veremos... No quiero que esos pasen por aquí y me encuentren hecho un pasmarte delante de esa ventana cerrada.

Anduvo á buen paso, y después de cruzar casi todo el pueblo, cuyas revueltas y encurvaduras conocía bien, se metió en su casa.

Echóse con el propósito de descansar. Su naturaleza robusta cedió al cansancio del trabajo del día. Se durmió pronto, pero las últimas impresiones recibidas empezaron á agitarse en su mente. Sonó con María, y sonó cosas descabelladas, incongruentes, sin ilusión.

En un momento, casi sin transición, pasaba del placer al dolor. Por fin, el ensueño tomó tales caracteres de realidad, que un estremecimiento agitó el cuerpo del mozo y crispó sus nervios.

Vela á María en la ventana; sí, era ella; su cara ovalada, morena como la de una virgen morisca; su pelo negro, cayendo en aterciopelados rizos por las sienas; sus ojos grandes y vivos... Y á un

hombre, vuelto de espaldas, en la calle, en el lugar que él ocupó antes... No le veía la cara... La luna, con una claridad entre azul y plateada, alumbraba el cuadro. María estaba sonriente; sus manos apisonadas por las del otro; hablaban en voz baja; casi se percibía el murmullo suave de sus palabras de amor. María acercó la cara á la reja como si quisiera sacar la cabeza por entre los hierros; el otro se empujó un poco sobre las puntas de los pies; los labios de él y de ella se aproximaban...

Francisco sintió que el corazón le dió un vuelco terrible. Se levantó de un salto y metió la mano diestra dentro de la faja buscando algo...

Una ráfaga de viento fresco entró por la puerta entreabierta. A lo lejos se extendía en el horizonte anchurosa franja de color de rosa precursora del alba. El gallo del corral lanzó al aire las estridentes y viriles notas de su garganta.

Francisco sacó sus mulas, las ayudó en el arado y se fué al campo, muy lejos del pueblo.

«¿Qué día tan largo! ¡Con qué lentitud se alzaba el sol...! ¡Ya llega al cenit! Es el mediodía.

—¡Qué poco me ha durado la labor!—dijo Francisco mordiéndose de una ojeada la extensión de campo recientemente bordada por los surcos.

Por la tarde, qué angustia! Ese sol... Ya empieza á caer. ¡Si pudiera derribarlo de una pedrada! Su disco se agranda extraordinariamente antes de ocultarse. Parece que con mala intención trata de alargar este día eterno para el pobre Francisco.

«¡Ya era hora! El mozo llegó anhelante al pie de la ventana. Antes de llamar le sublevó la idea de aparecer intranquilo y ansioso ante aquella muchacha que tan injusta y arbitrariamente le había despedido. Serenóse por un esfuerzo de voluntad y llamó como siempre. El postigo permaneció cerrado. Llamó tres ó cuatro veces. Lo mismo. Pasó cerca de una hora.

«Si no fuera por no dar un escándalo! Pero Francisco respetaba mucho á los padres de María. Podía entrar en la casa; era amigo, casi hermano del hermano mayor de ella; todos sabían que estaban en relaciones; pero no; no se atrevía á entrar; le conocerían en la cara el disgusto... Luego, cuando ella le había despedido así, ¿qué ocurriría? El pobre mozo se devanaba los sesos.

Acercóse de nuevo á la ventana. Había luz dentro. Aplicó sus labios á las rendijas y llamó: «¡María! ¡María!

La maldiva ventana sin abrirse.

Francisco, aunque quería profunda y sinceramente á la muchacha, conocía que estaba haciendo un papel ridículo, que quedaba malparada su altivez de hombre insistiendo así.

Bajó la calle, y saliendo á las afueras del pueblo, sentóse en un ribazo junto al río, que corría manso y silencioso reflejando en el espejo de sus aguas las estrellas que brillaban en el azul obscuro del espacio.

No se resignaba Francisco por más esfuerzos que hacía. ¿Cómo...? Así, sin más ni más, sin una explicación seria, sin un motivo fundado, por una versatilidad femenil, por una puerilidad inconcebible, iba á renunciar á sus amores, á la ilusión de su vida, á su María?

«¡Imposible! El mozo se levantó con energía y emprendió la marcha hacia el pueblo con aire decidido, como quien ha tomado una resolución.

Llegó á la casa de su novia y echó un vistazo por la puerta. En la cocina estaba sola la madre de María. Entró.

—Buenas noches, señora Ambrosia.

—Hola, hijo, buenas noches.

—¿Y el señor Pedro?

—Bueno; ya está acostado.

—¿Y Juanico?

—Pues ya sabes... por ahí de ronda.

Francisco hizo un esfuerzo y preguntó con calma:

—¿Y María?

—En su cuarto está hace dos horas. Yo te daba hablando con ella por la reja.

—No, señora...

Y Francisco en cuatro palabras expuso á la señora Ambrosia lo que le había ocurrido con María.

La buena mujer, que apreciaba muy de veras al mozo, se quedó asombrada y llamó á su hija para que hubiera una explicación.

La muchacha salió avergonzada; se le notaba que había llorado mucho. Su madre la interrogó. Francisco estaba muy serio, como hombre verdaderamente ofendido.

La señora Ambrosia exigió una explicación categórica.

—Pero, madre, si yo le quiero... si es muy bueno... pero...

—Pero ¿qué?...

—El señor cura...

—¿Qué tiene que ver el señor cura?

—Nos ha dicho á todas las muchachas que para ser de esa asociación que ha fundado para llevarnos al cielo, para ser *hijas de María*, tenemos que dejar los novios. A mí me ha reñido mucho porque no quería... Me ha amenazado con el infierno.

Francisco, con su rudeza de campesino no podía comprender qué miras le llevaría el cura al aconsejar á las chicas que dejaran los novios y hubieran del matrimonio; pero no se quebró la cabeza en averiguarlo y respiró tranquilo. Ella le quería.

—¡Redid!—exclamó.—Pues no le perdono al señor cura la noche y el día que me ha hecho pasar. Ya le diré yo dos palabritas... Señora Ambrosia, con la bendición de usted y la del señor Pedro, de aquí á tres domingos nos casaremos María y yo. Ya verán cómo se le pasa el enfado al señor cura cuando le suelte el dinero de la boda y le lleve á bautizar cada año un hijo de María.

JOSÉ GINTORA

Si las religiones no tuvieran misterios, ni afirman que uno es tres y tres son uno, que se puede concebir sin obra de varón, que los muertos resucitan y los paralíticos andan, que hay un infierno donde se hacen *roastsbeefs* humanos y un cielo en que se goza, se come, se ama sin trabajar, las iglesias, capillas, mezquitas, sectas y confesiones carecerían de fieles. Son los mayores enemigos de la religión esos que pretenden casarla en justas nupcias con la ciencia. No saben lo que se dicen.

LUIS MOROTE

¡Con los frailes no!

Dicen que en la hora de la muerte se ven las cosas con toda claridad y... se dicen, si la lengua puede moverse,

po que se moría:

«Nada de gentes negras en esta casa»; y no hubo manera de que las dejase enterrar, aunque Comillas ofreció dinero y llegó á prometer un millón de pesetas al que lo negara que Becerra hiciera su confesión en extremis.

Martínez Campos era creyente, pero liberal; se sabía que estaba de neos y de polaviejismo y de fraillería hasta la coronilla, y que esto era causa de que se hubiese entibiado su fervor dinástico.

Quando se le presentó el exarzbispo de Cuba para hablarle de sacramentos, don Arsenio, que era más cristiano que algunos generales llamados cristianos por Noceal, no quiso ocultar su asco hacia el enemigo de la patria, el fraile, y: «Con usted me confesaré, con usted todo, ¡con los frailes no! ¡con los frailes nada!» dijo, y al hablar así, se hizo eco del sentimiento de toda España.

«Nada con el fraile! ¡el fraile no! que no es español, sino romano; que no tiene Iglesia, sino Orden; ni rey, sino Papa; ni familia, sino comunidad; ni afecto, sino ambición; nada con el monstruo, con el sinvergüenza asomado á una ventana de palio, con el miserable hipócrita, enoismador, arma guerras, pesca mizas, gandul, grosero, vicioso, corrompido, avaro, inquisitorial; nada con el hombre fiera.

«Noble explosión! la del general, parecida á aquella de Cánovas en muy diferente caso: «Los frailes! decía, son insaciables, moles tos, pífidos, ingratos: ¡nada con ellos!»

«Con los frailes no! he aquí un lema para el escudo nacional (del porvenir).

Martínez Campos era católico, no le repugnaba el sacerdotio; pero no era neo, y le asqueaba pensar siquiera en el fraile, en esa verruga cancerosa del catolicismo.

Quizá sentía remordimientos de haber contribuido como Cano vas, como Sagasta, como otros á la invasión fraileña, por exceso de respeto en aque las regiones donde el fraile es tan amado; ¡pero en la hora de la verdad su alma se de sobordaba.

«Nada con el fraile! ¡A él lo conocía demasiado! lo había comba tido en el campo de batalla; quizás se había visto obligado á besar en palacio el cordón del mismo fraileto á quien hubiera fusilado en tiempo de guerra por traidor á la patria.

El general había visto al fraile intrigar, arrastrarse ante el trono y en las antecámaras de los ministros, y luego conspirar contra los ministros y el trono; era el buen militar demasiado caballero para no aborrecer al fraile habiéndole conocido. Sabía sus hazañas con los moribundos.

Nos pasa á todos lo mismo, pero ya no tenemos el valor de decirlo, y esta es nuestra desgracia, ni aún en la hora de la muerte.

«Pobre España! «Todo con el fraile, nada con la nación», dice el silvelista mo y el sagastismo; y España no sabe resistir fuerte el dicho de Martínez Campos: «¡Con el fraile no!... ¡Con el fraile nada!»

Ya se lo dirán de misas.

EL PAIS

Dos mil millones de francos le cuesta ya al Tesoro americano la campaña de Filipinas; es decir, que se gasta tres millones de francos por día para no adelantarse ni un paso en la conquista del archipiélago.

Los españoles llamaban *unos monos* á los filipinos, por las noticias que de allá nos enviaban los frailes.

«¿Qué cuerdamente hubiese obrado España elevando esos *monos*, no á la categoría del fraile, sino á la del hombre!

«¡Cualquiera se hubiese apoderado de Filipinas contando nosotros con el cariño de una raza á quien los frailes depusieron hasta exasperarla!

Uno solo de sus individuos valía más que toda la piara frailesca, que los fanatizaba.

Bien á su costa lo están aprendiendo los Estados Unidos.

De lo cual me alegra mucho, entre paréntesis.

La Iglesia y el tormento

En el año 1770 escribió el doctor en ambos derechos y anticuario de la Real Academia de Historia, don Alfonso de Acevedo, un curioso libro titulado: *Ensayo acerca de la tortura ó cuestión de tormento*. «De la abolición de los toros que niegan en el potro los delitos que se les imputan y de la abolición del uso de la tortura», principalmente en los tribunales eclesiásticos.

Indudablemente el doctor Acevedo era un escultor liberal, cuando á tanto se atrevió en aquella época.

«Su propósito—proposito, nobilísimo—consistía en que, tomando ejemplo de lo que se iba haciendo en todas las principales naciones de Europa, se acabase de abolir en España el uso de la cuestión de tormento, por la arbitrariedad interpretativa que el *Puerto Juzgo* y de *Las Partidas* habían hecho nuestros comentaristas.

Remitido el Manuscrito por el Consejo á la censura de la Academia, de que el doctor Acevedo era individuo, su fiscal, el ilustre Campanones, dió un informe por todo extremo favorable á la Academia, para que ésta la examinase, una obra titulada *Defensa del tormento*, en la que impugnaba el libro del doctor Acevedo, calificándolo de delatante.

El Consejo entonces

dades de la región y atraía a multitudes enormes; de manera que la Iglesia salía ganando de todas maneras.

La custodia de las reliquias era rigurosa para salvarlas de las gentes armadas como el caballero lemosín que robó en San Marcial el cuerpo de Santa Amilda (1182) y lo tuvo oculto en la capilla de su fortaleza, *ad tutelam castrí*, y también de los ladrones como los que durante una noche de 1219 arrebataron del priorato de Vic los restos de Santa Leocadia. Como el pueblo no podía vivir sin la santa, a fuerza de investigaciones fueron recuperados los restos, al parecer, sacados del fondo del río Aisne.

También había que triunfar de la competencia, pues a menudo varias iglesias pretendían poseer idéntica reliquia. El inconveniente era de poca monta cuando los establecimientos rivales estaban alejados unos de otros; pero dos iglesias acreditadas y vecinas no podían hacer durar sin escándalo la competencia.

En 1486 fueron descubiertos treinta y dos caballos de la Virgen en la iglesia de San Esteban, de París, y con ellos un brazo de San Andrés y la cabeza de San Dionisio. Pero el caso era que la misma cabeza era ya venerada en la célebre abadía que lleva el nombre del santo, donde eran consagrados los reyes de Francia.

Protestaron los monjes de San Dionisio contra la autenticidad de la invención, y en 1494 congregaron a los personajes del gobierno para abrir en su presencia la caja ó cofre de plata que contenía el cuerpo del santo, y cuidaron de separar la cabeza verdadera, para encerrarla en un relicario especial y exponerla durante todo un año á la devoción de los peregrinos.

El incidente disgustó mayormente á los monjes, porque ya antes tenían que luchar contra una cierta opinión hostil á su reliquia. Desde el reinado de Luis el Bondadoso venían sosteniendo que el San Dionisio, cuyo cuerpo custodiaban, era el célebre obispo de Corinto, Dionisio el Areopagita, convertido por San Pablo; no querían resignarse á que su santo fuera no más que el obispo galo-romano Dionisio, un modesto mártir de época posterior, llevado al suplicio con Rustico y Eleuterio por los paganos de Montmartre.

Por enemigos suyos tenían los monjes á los exépticos empeñados en sostener que el San Dionisio de la abadía no podía ser el Areopagita, pues según las pruebas de documentos indiscutibles, no había salido nunca el santo de Grecia, donde murió y fué enterrado. Durante cinco siglos, la cuestión hizo correr ríos de tinta y provocó discusiones acerbadas. Abelardo fué arrojado de San Dionisio, su refugio en la adversa fortuna, por haber tratado de arrancar á los monjes sin contemplaciones su convicción tradicional.

La controversia duraba todavía, sin dejar los apasionamientos que la mantenían, en tiempos de Felipe Augusto. Las dudas subsistían y aun aumentaban, causando grave daño á la primera de las reales abadías.

En 1216 fué encontrado el remedio al mal por el Papa Inocencio III. Uno de sus legados, Pedro de Capua, había tenido la suerte de hallar en Grecia la tumba, auténtica absolutamente, á lo que parece—del santo Areopagita, cuyo cuerpo se llevó á Roma. Inocencio III regaló las reliquias al prior de San Dionisio, quien acababa de asistir al concilio de Letran, y acompañó el regalo con una carta, fechada el 4 de Enero de 1216, que constituye un documento digno de ser leído. Enviar á los monjes de San Dionisio el cuerpo del Areopagita, de procedencia debidamente certificada, era convencerles de que no lo poseían antes; para que no pareciese que se declaraba contra la tradición mantenida por los monjes, el Papa se muestra neutral, recuerda la diversidad de opiniones sobre la cuestión, y después de historiar el debate, escribe:

«No queriendo quebrantar ni la una ni la otra de ambas convicciones, ofrecemos á vuestro monasterio... no dice el cuerpo de Dionisio, lo que habría resuelto la cuestión, sino que emplea ingeniosamente una palabra muy vaga, *pignus*, que es como prenda, recuerdo del santo: *sacrum oculi Dionisii pignus*».

«De tal manera, concluye el mensaje papal, como tendréis en vuestra posesión los dos cuerpos, nadie podrá poner en duda que poseáis el del Areopagita».

A. LUCHAIRE, del Instituto de Francia.

No ha sido únicamente en Begoña donde se han celebrado fiestas religiosas estos días, con campaneos, procesiones, sermones, peregrinos y pendones; en Villena y Bonanova ha ocurrido lo propio.

Eso, y borracheras, romerías, puñaladas, toros, asesinatos, robos, hombres y mujeres agarrados, todo á diario, hacen á exclamar:

«¿Quién dice que España ha perdido en carácter típico? Es ella, la de siempre. En una sola cosa ha progresado: en estetismo».

Crímenes horribles

Se han hecho vanos esfuerzos para atenuar el horror de estas escenas (las de los Cruzados en Beziers); se ha dicho que *ni se quiso ni se previó* la carnicería de Beziers; se han negado las implacables palabras atribuidas al Legado. El silencio y el dolor serían la única defensa digna de almas religiosas. Los cruzados habían amenazado de antemano con exterminar á todas las ciudades que les opusieran resistencia. Intimaron la rendición á los habitantes de Beziers; ortodoxos y herejes rechazaron unánimemente la salvaje agresión de los cruzados. Entonces el Legado, furioso, exclamó: «Pues bien! No quedará piedra sobre piedra, ni se perdonará la vida á nadie».

La carnicería había sido, pues, *querida y prevista*. ¡Ha sido calumniado el Legado por los contemporáneos que ponen en su boca las palabras impías que hemos referido! Léanse las cartas que escribió el papa Inocencio después del saqueo de Beziers: «Los nuestros no perdonaron rango, ni edad, ni sexo; se hizo una inmensa carnicería en los enemigos; la ciudad fué saqueada y quemada; la venganza divina se ejerció de una manera admirable.» El Legado manifestó después que en Carcassona se perdonó la vida á los habitantes; busca razones para

explicar esta clemencia, y no encuentra otra que «la necesidad.» Pero se conoce que esta razón le satisface muy poco; el sentimiento se revela en su apología; acusa á los cruzados de no haber tenido confianza en el poder de Dios.

¡De manera que se celebra como obra de Dios la carnicería de los vencidos sin distinción de religión! ¡Se censura la misericordia como una duda del poder divino! Y estos espantosos sentimientos no eran sólo los de un hombre, sino que eran los de todos los cruzados. Escuchemos al historiador de la cruzada; es un monje que habla de lo que ha visto y hecho. «El castillo de Lavaur fué tomado con el auxilio de Dios, que visitó misericordiosamente á los suyos el día de la Invención de la Santa Cruz. Ochenta caballeros fueron prisioneros. Montfort ordena que se les cuelgue; pero la horca, hecha de prisa, se vino abajo; entonces el conde, viendo el gran retraso que esto ocasionaba, ordena matar á los caballeros. Los peregrinos se apoderaron de ellos con gran avidez y los mataron inmediatamente en la plaza... Finalmente, nuestros cruzados, con una alegría extremada, quemaron innumerables herejes.» El historiador P. de Valle Cernaji está á la altura de esta ferocidad; se embriaga con la sangre derramada; su único sentimiento es que no se derrame bastante. En la toma del Castillo de Casseneuil un gran número de los sitiados se salvaron huyendo: «Los nuestros, dice el monje de *Vault Cernaji*, pasaron al filo de la espada á los que pudieron encontrar; por lo cual sea en todo bendito el Señor, que puso en nuestras manos algunos impíos aunque no todos... De este modo se tomó y arruinó á Casseneuil para gloria de Dios.» Nada más espantoso que esta invocación á Dios en medio de los más grandes crímenes. La religión ha pervertido el sentido moral; la matanza se convierte en una acción santa cuando se comete para vengar á la Divinidad. El Legado engaña á los enemigos para vencerlos mejor; el historiador exclama lleno de alegría: «¡Oh piadoso fraude del Legado! ¡Oh piedad fraudulenta!

F. LAURENT

(Estudios sobre la Historia de la Humanidad.)

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada,

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargandoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

LO QUE VALE UN HOMBRE

La ciencia nos enseña que en cien docenas de huevos, que valen unas 125 pesetas, se encuentran todos los elementos constitutivos de un hombre que peso ciento cincuenta libras. El fósforo que hay en el cuerpo humano basta para poder fabricar 820.000 cerillas y con su carbono se pueden hacer unos 9.400 lápices.

Utilizando su grasa se podrían fabricar catorce libras de velas, que valen cuatro pesetas cincuenta céntimos próximamente, y con su hierro no se podrían construir más de dos céntimos de clavos.

El resto puede clasificarse del modo siguiente: dos céntimos de sal, diez céntimos de azúcar y noventa litros de agua.

Resulta de este análisis que no se exagera el valor intrínseco de un hombre estimándolo en veinticinco duros, pues utilizándolo según los procedimientos científicos, no se podría obtener más de treinta céntimos por libra.

Reducido bajo la forma de gas, está representado por un peso que no alcanza á 1.000 pies cúbicos de gas del alumbre, que vale tres pesetas setenta y cinco céntimos y tiene suficiente cantidad de gas hidrógeno para que, si se le utilizase en un globo, pudiera éste elevar su propio peso hasta las nubes.

La ciencia es el mismo demonio. Pero á veces, como en esta ocasión, se equivoca.

No niego que haya hombres que valgan 25 duros, pero la mayoría...

Que levante el dedo el mozo que sea capaz de dar por cada hombre de la mayoría, 25 duros.

Con alma y todo ¿eh?

La paz en los cabildos

¿Puede saberse con detalles lo ocurrido en el cabildo de Las Palmas (Gran Canaria) con motivo del nombramiento de un canónigo que había obtenido la plaza por oposición?

El señor obispo, apodado fraile dominico procedente de Filipinas, cuya salud quebrantada no ha tenido un día de alivio y si muchos de agravio por la influencia de las luchas encarnadas de los diferentes bandos en que el cabildo está dividido, tuvo que salir huyendo á la península, y en Cádiz, más tranquilo y reposado, espera el aquietamiento de sus levantiscos diocesanos ó su traslado á otra diócesis.

Parece que el provisor, campeón del bando predominante, se opuso á la toma de posesión del canónigo recién nombrado, que era ya beneficiado de la Basílica de Las Palmas, sacando á relucir dos expedientes que se le habían formado para su

expulsión del seminario por acusaciones de sodomía el uno, y el otro de fecha posterior incoado por denuncia de formar parte el aludido de una logia masónica en la que ejercía cargo importante.

El acusado y los enemigos del sostenedor de la acusación aprovecharon la ocasión para derribar del puesto preeminente que ocupa, y de donde había echado á otro del país, y después de escenas borrascosas en el seno del cabildo, á cuyas sesiones asistían los capitulares, dicen que con revolver debajo de la sotana, lograron hacer huir á Tenerife al provisor campeón y á Cádiz al obispo.

Lo peor del caso es que el canónigo suspendido en la toma de posesión vino á Madrid, y por influencias profanas logró que se confirmara por Roma y Madrid la orden de toma de posesión. ¡Qué edificantes escenas las del alto clero!

TIEMPO PERDIDO

Pregunta un colega católico, aunque no fanático:

«¿A que no se atreven las monjas de la Encarnación á dejar por espacio de dos años su relicario de la sangre de San Pantaleón en sitio público, neutral en absoluto y bien visible, aunque seguro completamente de toda agresión é intervención diurna ó nocturna, para que se viese que, llegado el día del santo, se liquidaba la sangre por sí sola y volvía luego á solidificarse hasta el año siguiente? Vamos, ¿a que no? Porque eso de sacar el relicario momentos antes de liquidarse su contenido y llevárselo momentos después de haberse mojado, teniendo encerrado las monjas todo el año, inspira poquísima confianza, pues hay en Madrid más de mil personas que se comprometen á hacer igual operación con un líquido cualquiera en iguales condiciones y á decir luego cómo se opera y por qué la liquidación y la solidificación que tanto admira á los tontos. Ea, monjitas, clérigos palatinos, Cardona inclusive, á demostrar ese milagro para engrandecimiento de la fe. ¿A que no se atreven ustedes? ¿a que no?»

Y lo mismo decimos al obispo y cabildo catedral de Murcia. ¿A que no hacen ustedes igual depósito de su relicario, que contiene una ampolla con un líquido blanco que ustedes hacen creer que es leche de la Virgen, como si no supiéramos aquí el comercio indecente que hicieron los cruzados con muchísimas ampollas de esas, que vendían á precios elevadísimos? ¿A que no? ¿A que no demuestran de un modo irrefutable que la procedencia de ese líquido que se hace tal en una fiesta de la Virgen y se cuela para todo el año, es lo que ustedes dicen? Vaya, ¿a que no?»

El periódico que así habla debería comprender que, aun cuando las monjas de la Encarnación y el obispo de Murcia accediesen á lo que les propone, y se demostrase que cualquier ciudadano puede hacer una operación de esa clase, no por esto dejarían los creyentes de creer en los milagros que se verifican todos los años en esos dos templos.

El creyente es un animal que ni piensa, ni quiere pensar, y por lo tanto, es inútil cuanto se haga por traerlo á la razón. Si no fuera así ¿cómo habían de subsistir y prevalecer tantas mentiras?

¡No sostienen hoy los católicos que una imagen de la Virgen es milagrosa y otras no? Pues eso dirían después de ver que cualquiera hacía milagros de esa clase; que los verdaderos eran los que los curas hacían, no los que fabricaban los seglares.

Y seguirían asistiendo á los templos donde los milagros se perpetraran, y soltando la mosca, que es, antes y después de todo, lo que en estos asuntos se trata siempre de demostrar.

¡Y viva la imbecilidad humana, y coman los curas y medren los frailes!

ACTO DE CONTRICCIÓN

Exclamaba un franciscano auxiliando á cierto herido; —perdone al que le ha ofendido para ir á la gloria, hermano. —Padre, salvame me halaga— contestó con grave tono; —si me muero le perdono, pero si no me la paga.

José ESTREMEIRA

Inviolabilidad absoluta

Un tal Aranguren, gobernador interino de Castellón, ha multado en 25 pesetas á *El Olamor*, por haber censurado á unas Hermanas de la Caridad que rasgaron en el hospital un número del colega que estaba leyendo un enfermo. En el oficio en que tal brutalidad se comunicaba, decíase textualmente, que él, el Aranguren, Poncio interino, *había tenido á bien* imponer la multa á *El Olamor*, «por las frases incorrectas y calificativas nada respetuosas que emplea al referirse á una comunidad religiosa».

«La lectura del preinserto oficio, dijo aquel día *El Olamor*, nos ha causado asombro, como asimismo causará á nuestros lectores.

Sabíamos que eran inviolables los arzobispos, obispos, canónigos, jesuitas y hermanos flamíneos más ó menos modernistas, pero no lo sabíamos respecto de los monaguillos, sacristanes y demás fregatarios más ó menos mal educados é irrespetuosos con las leyes de la nación.»

Pues, si, compañero; debías haberlo sabido; todo el que vive explotando la religión en más ó en menos, es hoy persona sagrada, irresponsable é inviolable.

Téno presente en adelante, y te librarás de tropezar con rocines más ó menos Arangurens.

«Nunca presentó la historia un cuadro semejante. La pasión del oro se había apoderado de unas almas agitadas por impuros ardores, y la sociedad acabó por abismarse en un materialismo brutal. Hubo imaginación, talento, elocuencia, genio y hasta virtud al servicio de la fortuna, y la fama adquirida con dinero se convirtió en

dinero. Se vendieron las reputaciones tanto científicas como literarias, tanto militares como civiles, y para la misma gloria se estableció tarifa.»

Esto se escribió en Francia durante el reinado de Luis Felipe, y con razón.

Pero con mucha más podría escribirse hoy tratándose de España.

Con una desventaja para nosotros: que como hacemos todo más en chico, nos resulta más sucio y repugnante.

Medida contraproducente

El obispo de Reggio ha formulado las siguientes prácticas higiénicas que deben adoptarse en las iglesias de sus diócesis:

1.ª En todas las iglesias, después de los días de fiesta y de las aglomeraciones extraordinarias, debe procederse á la desinfección del suelo mediante aserraduras de madera humedecidas con una disolución de sublimado al 3 por 100. En tiempo ordinario no deberá procederse al barrido acostumbrado sin regar previamente con agua para evitar que se levante el polvo.

2.ª Todas las semanas, ó más á menudo si es necesario, se quitará el polvo de los bancos y de los confesionarios por medio de una esponja ó de un paño humedecido, con agua simplemente.

3.ª Se lavarán semanalmente las rejas de los confesionarios, ó con más frecuencia si es necesario, con legía hirviendo y clarificada.

4.ª Las pilas de agua bendita deben vaciarse cada semana, ó todas las veces que sea necesario, lavarse con legía hirviendo y después con agua, á menos que se prefiera una disolución de sublimado al 1 por 1.000.

Ese obispo trata de arrojar indirectamente de las iglesias á las beatas y á los beatos, gentes marranas de suyo, y que acuden, más que por rezar, por el atractivo que para ellos tiene todo lo sucio.

Una iglesia limpia, es un contrasentido, y hasta pudiera llegar á ser una heregía.

Contra la caridad

Yo, que por lo general no soy muy amante de la revolución, á lo menos, de aquella á que suelen referirse los que tienen muy á menudo en los labios esta palabra—de la revolución exterior y ruidosa, que se limita, cuando mucho, á cambiar violentamente la postura del enfermo, dejándolo tan enfermo ó más que antes—creo que nos hace mucha falta, muchísima, una revolución radical é inmediata, en que poca gente suele pensar, y que es, no obstante, la condición indispensable de la eficacia de toda otra: me refiero á la revolución en el alma. Y aun cuando tal revolución es muy complicada (como que envuelve todo el gravísimo problema de la educación, de la educación física, moral é intelectual, ó sea de la educación íntegra), de esa que ahora dicen que van á traerlos, puede afirmarse desde luego, que será imposible llevarla á cabo, si no se hace ante todo y muy principalmente la revolución en las cabezas (base y soporte de la del sentimiento, y con ésta, de la de la conducta).

Nuestro patrimonio mental está constituido por un cúmulo de ideas viejísimas, sedimentadas á través de los siglos en el espíritu de los individuos é incorporadas con tal fuerza al mismo, que casi han llegado á formar una parte inseparable de él. Y esas ideas están presentes en nuestros juicios todos, así en los que han llegado ya á convertirse en instintivos (cual acontece con los sentimientos), como en los que formamos de una manera reflexiva; ellas sirven, por decirlo así, de fondo á todo nuestro obrar consciente y de factor determinante de nuestra conducta. La inmensa mayoría de los actos que practicamos tienen su raíz en ese sedimento, que bien pudiéramos denominar «alma colectiva», elemento permanente del alma singular de cuantos individuos viven y crecen en tal medio. Ahora, si queremos revolucionarnos, «regerararnos», según por ahí se dice, cosa de que nos hallamos en verdad bien menesterosos, no hay más remedio que agitar todos estos «bajos fondos», disgregar, mediante el enérgico reactivo de la revisión crítica, el inmenso bloque de nuestras concepciones tradicionales, heredadas por cada uno de nosotros sin beneficio de inventario, y que, bien miradas las cosas, no vienen á ser sino «prejuicios» que hay que desterrar, por ser otras tantas fórmulas que no responden á lo que debieran representar y que, por lo tanto, carecen de sustancia, de contenido. Abominamos á menudo de los «lugares comunes», de los «tópicos resobados» y «de las frases hechas», y los mismos que así lo hacemos nos hallamos generalmente tiranizados y ahogados en un océano de ellos.

Uno de esos lugares comunes y frases hechas que más necesitan combatirse, es la llamada «virtud sublime de la caridad». Porque, lo que por caridad solemos entender, y sns más fervientes devotos y sabios teorizantes quieren que entendamos, ni tiene nada de sublime, ni siquiera es virtud.

La caridad al uso, que consiste en ayudar, socorrer y favorecer por medios diferentes al prójimo, «pero gratuitamente, sin obligación de hacerlo, por puro impulso de magnanimidad, en un arranque generoso (ó en muchos), es inhumana, embrutecedora é inmoral en grado sumo. Perjudica al que la ejerce y al que la recibe. Establece entre ellos un modo de esclavitud y de dependencia brutal, que hace que el uno se juzgue superior, dádovso, autor de actos altamente meritorios (por lo mismo que ejecute aquellos á que no está obligado estrictamente, actos de los que llaman los moralistas—los moralistas de profesión, de tres al cuarto, como Lárraga, Scabini, los famosos Salmañicenses, etc.—«actos de consejo». «obras de misericordia», que no se deben de estricta justicia), y el otro se considere humillado, inferior, obligado á «bailarle el agua» á su generoso donante, á ponerle por fuerza buena cara, á besarle y lamerle la mano, como un perro «fiel», á arrastrarse por tierra si él se lo manda, á aguantar sonrisas sus impertinencias, sus reproches, sus malos humores, sus improprios inmerecidos si llega el caso: en suma, á tenerse por su esclavo.

La dualidad irreductible de naturaleza que Aristóteles encontraba entre superior é inferior, señor y siervo, marido y mujer, autoridad y súbdito, esa es la que palpita en el fondo de la referida concepción de la caridad, y esa misma es la que, á través de la escolástica, cuyo gran maestro, casi pudiera decirse cuyo maestro único fué Aristóteles, el *Philosophus*, como le llama Santo Tomás y tantos otros con él, ó sea el filósofo por antonomasia, el que á todos ellos les alimentaba), tenemos nos-

otros metida, á modo de idea madre, en nuestra alma. Nos hallamos, por lo tanto, á la altura de los hombres de hace veinticuatro siglos, á la altura de las concepciones que dividían á la humanidad en dos clases desiguales por naturaleza: los que manda y los que obedecen; los que dispensan graciosamente, desde arriba, bienes, justicia distributiva «obras de pura misericordia», y los que desde abajo «imploran por favor» una limosna de los «buenos corazones».

Me parece que es hora de que tan absurda concepción acabe y sea arrojada al desván de los trastos viejos, por anticristiana, en una sociedad que presume de seguir las enseñanzas de Cristo, y de todas maneras, por inhumanas.

Hay que poner enfrente é inculcar otra concepción, que llamaremos nueva (del «derecho nuevo», diría un ultramontano de esos que abominan del liberalismo). Hay que decir lo siguiente: «Hasta ahora ha venido considerándose, y la generalidad lo considera también hoy así, que derecho es sinónimo de poder, de fuerza, y deber sinónimo de debilidad y sumisión; que, por tanto, el más poderoso (rey, autoridad, rico, robusto, sabio, hábil), el que mayor suma de exigencias puede hacer valer con respecto á los que tiene bajo su férula (súbdito, pobre, débil, enfermo, necesitado, ignorante, torpe) es el que más derecho tiene, mientras, por el contrario, la otra parte, ligada y sometida, se halla por doquiera, rodeada de deberes; que nadie está obligado en justicia á hacer en beneficio de otro sino aquello á que puede compelérsele por la fuerza, ya sea haciendo uso de la fuerza propia (v. gr., en caso de defensa, que por eso se dice ser un derecho, defensa, legítima), ya amparándose en la fuerza ajena (policía, ejército, tribunales...); que tanto vales, cuanto puedes; que el que mucho puede (disponiendo, por ejemplo, de grandes riquezas, ó de muchos boyonetas, ó de muchos magistrados) tiene facultades para exigir mucho y á él puede exigírsele muy poco ó nada; y que todo aquello que haga un fuerte por el menesteroso y débil, fuera de lo que éste pueda pedirle con el auxilio de la Guardia civil ó de la llamada administración de justicia, amparado por la ley (que será bien poco, ciertamente), todo ello es un plus que concede porque le acomoda, sin obligación de concederlo, de limosna, por caridad, como acto puramente humanitario, como obra de «misericordia, de caridad, de lástima».

Pero este razonamiento es netamente bástial. Así, precisamente así, proceden y así razonarían si razonaran, los brutos. Y si nosotros pretendemos ser algo más que animales fieros (cuyo nivel moral es bastantes veces superior al del rey de la creación), habremos de razonar y proceder de manera algo distinta. Tendremos que hacernos una cuenta parecida á la siguiente: «Es racional el obrar, cuando se aplican los medios, los bienes, las riquezas, el poder bajo cualquiera de sus formas, á satisfacer necesidades; y aquella sociedad estará más racionalmente regida, en donde, por decirlo así, «cada palo aguante su vela», ó lo que es igual, donde no haya ningún bien ocioso, ni ningún medio que no esté cumpliendo su misión, «tapando su agujero». Y entre necesidades distintas, lo racional será dar la preferencia á la mayor y más urgente. El ignorante, el pobre, el débil, el enfermo, el infeliz por el hecho de ser tales, están más necesitados que los sabios, los ricos, los poderosos; pueden, por consiguiente, exigir más que éstos, tienen más derechos que éstos (racionalmente hablando, y aun cuando las leyes—que por lo general están hechas por los fuertes y se hallan fundadas en la moral de los brutos, antes referida—no lo reconocen así) y los poderosos, en cambio, por el hecho de ser tales y disponer de medios de que no disponen los otros, tienen muchísimos más deberes, (ante la razón) que los menesterosos y subyugados.»

Con lo que se cambian las tornas, y mirando las cosas de esta suerte (que, repito, es la manera que parece corresponder á los hombres, á distinción de los animales), resulta que los de abajo son los que tienen derecho á pedir, y los de arriba obligación de dar, y que, por consiguiente, lo que éstos entregan á aquéllos no es limosna, generosa liberalidad, es estricta justicia, lo deben de rigurosamente (racional) precepto, y que cuando hoy hacen en beneficio de los pobres y de los infelices mucho menos de lo que podrían, lejos de tener que estarles éstos agradecidos, como ellos creen, podrían perfectamente residenciárselos y llamarlos «capítulo, para que ante el tribunal de la razón (ya que no ante el creado por la ley) dieran cuenta de sus desdichadas gestiones (de sus *negotiorum gestio*) y devolviesen á sns legítimos dueños (los pobres y necesitados de todo género) lo que es suyo y ellos están detentando violentamente (como verdaderos usurpadores de lo ajeno).

Esta voltereta que recibe así la moral (leónina) corriente, es, como con facilidad comprenderá el lector, fecundísima en consecuencias, que no es posible sacar en un artículo como el presente. Con la nueva moral, desaparecen todas las jerarquías usuales (de que tanto partido suelen sacar los casuistas y leguleyos) acerca de la diferencia entre el precepto y el consejo, la obra de misericordia y la de justicia, lo justo y lo equitativo, el deber perfecto y el imperfecto, lo justo y lo moral, lo legal y lo justo, etcétera. La caridad y la justicia se funden en una misma idea. A los desvalidos, huérfanos, delincuentes, abandonados y tantos otros, á quienes hoy se trata á puntapiés (como la caridad ordinaria, puramente gratuita, requiere) en los llamados establecimientos de «beneficencia», habrá que mirarlos como lo que son, como personas (hoy son números, á modo de objetos de un almacén) que piden lo que es suyo, que tienen perfectísimo derecho á que se les trate como lo reclama su particular situación de orfandad, delincuencia, abandono... No se establezca distinción entre los dispensadores del maná y los míseros mortales que recojen, por caridad, las migajas que el rico deja caer, descuidada ó euidadamente, de su mesa. Y con este cambio (cosa muy de notar), ganarán las llamadas «obras de caridad» tanto, por lo menos, como los que hoy reciben socorros y que eufóricamente recibirán, sin sonrojo ni humillación, lo que pueden pedir en justicia.

«Por qué, pues, no contribuir todo el mundo á la implantación cercana de un estado de cosas que no puede menos de producir beneficios generales?»

P. DORADO

ADVERTENCIA

Si dejase de ir EL MOTIN á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerle suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.